MÚSICA PARA PISTOLEROS

Rodrigo Díaz Cortez

AJUNTAMENT DE VALÈNCIA

PRE-TEXTOS

Un jurado compuesto por Ramón Vilar Zanón (presidente),
Pilar Lluquet (secretaria), Susana Fortes, María García-Lliberós, Juan Marqués y Rosario Raro (vocales),
acordó conceder el Premio "Vicente Blasco Ibáñez" de narrativa en castellano,
de los XXXVI Premios "Ciutat de València",
a la obra *Música para pistoleros,* escrita por Rodrigo Díaz Cortez.

En coedición con

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra sólo
puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción
prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos)
si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra
(www.conlicencia.com; 91 702 19 70 / 93 272 04 47)

Diseño gráfico: Pre-Textos

1ª edición: marzo de 2019

© Rodrigo Díaz Cortez, 2018
© de la presente edición:
PRE-TEXTOS (S.G.E.), 2018
Luis Santángel, 10
46005 Valencia
www-pre-textos.com

IMPRESO EN ESPAÑA/PRINTED IN SPAIN
ISBN: 978-84-17830-07-6
DEPÓSITO LEGAL: V-357-2019

PODIPRINT

Si pasaste te quedas. Hoy te veo. Tú pasas.
Tú te alejas. Tú quedas… Como luz en los labios.
Como fiel resplandor en los labios. Miradme.
Otros brillos me duran en la voz que ahora canta.

Primera aparición, VICENTE ALEIXANDRE, 1927

1

Hacía ya un momento que Perucho tenía los ojos cerrados, cuando el aire salino vino de nuevo a extender su olor porteño. No recordaba con exactitud cómo se escapó en medio de la balacera, ni cómo llegó a matar a aquel hombre. Era una de las pocas imágenes precisas que guardaba, sólo sabía que no pudo manejar la situación. Los músculos actuaron por sí solos, separados del cerebro, y la reacción fue instantánea, rápida, sobre todo porque la suerte cayó del cielo. En dos segundos cambió su vida. Asaltó el Banco del Estado en Santiago. El guardia forcejeó con él. Del maldito revólver se escaparon dos disparos directos a su estómago, y esta aventura acabó apareciendo en los titulares.

Un año después de este atraco, Perucho se presentó en la estación de autobuses de Valparaíso. Avanzó con la idea de que aún le olfateaban la sombra. Sin embargo nadie le preguntó de dónde venía. Dejó su mochila en un casillero con llave, de esos numerados y que pocos consideraban de utilidad. Cada vez que se rapaba la cabeza se sentía desprotegido sin su melena. Era como si se hubiera despojado de una fuerza vital o de una armadura de guerrero. Lo importante era que se veía distinto al loco melenudo publicado en el diario. Sacó el recorte, lo desdobló para verlo por última vez antes de tirarlo. Cuando lo leía pensaba que no sólo habían engañado con la información, sino que además habían inventado una realidad fantasmagórica.

Apresuró el tranco encendiendo un cigarro y estudió los vehículos que pasaban por su lado. Se detuvo frente a la taberna. Desde la calle, la taberna del vikingo Abel parecía un local pequeño, pero descendiendo por las escaleras, en el subterráneo, había dos ambientes separados. De día agrupaban mesas y sillas para servir comida, y por la noche venían

las chiquillas a demostrar su talento nocturno. Desde la sala del fondo persistía la música, un par de viejos discutían inmersos en la borrachera, del techo colgaban guirnaldas de flores, la enorme bola de espejos salpicaba ínfimos rayos de luz.

Perucho pronto vio al Paticumbia, en la mesa de siempre y frente al vaso de vino de siempre, pero lo evitó con la mirada. Caminó seguro hacia la barra y le silbó al vikingo Abel, que estaba de espaldas al público, colocando en la estantería botellas de licor recién llegadas.

¡Perucho! ¡Cuánto tiempo sin verte! ¿Dónde has dejado la peluca?

El Paticumbia se giró y apenas lo reconoció con la cabeza rasurada. A Perucho le avergonzó la efusividad.

Estoy contento de regresar, aunque ya no tenga dónde caerme muerto.

Típica respuesta de Perucho Aránguiz. Se nota quién fue tu padre, dijo el vikingo.

Creía que había heredado la gracia de mi madre.

¡Me alegro mucho de verte, muchacho!

A Perucho le gustaba pasar desapercibido, y el abrazo del Paticumbia le tomó por sorpresa al tiempo que le desagradaba.

¿Qué te trae por aquí?, preguntó el vikingo Abel sobándose la barba cobriza, su mandíbula cuadrada de escandinavo.

¿Podríamos hablar en otra parte? Es un tema delicado, pidió Perucho.

Ven, pasa a mi despacho, yo voy enseguida.

Paticumbia le indicó el camino, y Perucho se mantuvo a distancia para no pisarle los talones a su cojera. Analizó la cara y la pelambrera del cojo y no recordaba que fuera así, un claro ejemplo de que los humanos descendíamos de los primates. Al Paticumbia le faltaban diez centímetros en la pierna izquierda, y aunque llevaba un alza en el botín, aún le quedaba un tanto para igualarse a la otra. Él solía comentar que la pierna se le encogía con el agua y así excusaba su falta de higiene. Perucho quería saber si la Beretta de su padre la tenía uno de ellos. El recorte viejo de periódico daba una información mínima, un detalle por el cual Perucho había descubierto que a su padre lo habían matado con su propia arma. Y como no se le había ocurrido nada mejor, actuaba como si la Beretta estuviera oculta en la taberna.

Una muchacha, que se sujetaba con la mano la toalla que llevaba enrollada en la cabeza, pasó deprisa por su lado. Perucho pretendía ir a buscar su mochila, que estaba en la estación de autobuses, pero el entusiasmo del cojo no se lo permitió. Bajaron las escaleras hasta la sala. No surgió otra conversación hasta que llegó el vikingo Abel, con un paquete.

Supongo que vienes a recoger esto.

¿Alguien les avisó de mi visita?

Tu padre, hace más de diez años. Lo dejó aquí para que te lo diera cuando fueras un hombre.

¿Qué es?, preguntó Perucho intrigado. Yo quería pedirte su arma.

Yo lo guardé como Eloy me ordenó. Y está tal y como lo dejó.

Después de tocarlo pero sin querer abrirlo, por mucho que el Paticumbia lo estuviera deseando, Perucho cambió de tema.

No sé si esto es lo que yo venía buscando. Supe que la Beretta estaba aquí. La necesito.

El Paticumbia y el vikingo Abel se miraron, como si se hubiera referido a un secreto.

Sé que la tienes guardada tú, insistió Perucho.

Eloy tenía muchos juguetes, pero ese que nombras no me suena, respondió el vikingo Abel.

Yo la necesito y era de mi padre. Tengo derecho a tenerla.

El vikingo Abel palpó su barba cuadrada, se acercó bajando el tono.

Espérame a la noche, mejor. Supimos lo que hiciste el año pasado, cabrito. Aquí podrás tomar y comer lo que quieras.

Perucho le pidió un cigarro para tranquilizarse y el vikingo se lo dio al tiempo que le pedía que tomara asiento. Perucho lo escuchó con atención, sin interrumpirlo, porque el vikingo parecía entrar en una especie de trance.

Tu padre me enseñó cómo ganar dinero, a vivir bien, cómo salir de problemas cuando me viera envuelto en ellos y a controlar la borrachera. Todo lo que tengo de algún modo se lo debo a él.

Perucho le preguntó si su padre había sido un criminal y el vikingo soltó una carcajada. Le sonaba rara la palabra “criminal”. Titubeante, le explicó que para escalar posiciones, por supuesto, tuvimos que hacer

cosas que no nos gustaban al comienzo. El loco Eloy aprendió rápido a oler al enemigo y a eliminarlo antes de que le creara un problema. En aquellas circunstancias uno no pensaba nada, porque todo era automático, de cine. Ahora todo es distinto y tú aquí siempre serás bienvenido. Perucho pensó en los sufrimientos de Lupita, su madre, la espera de un hombre que apareció muy pero muy tarde. Enseguida tomó el paquete, lo apretó entre sus manos y decidió abrirlo una vez estuviera solo.

Muchas gracias por esto, vikingo, pero lo que necesito es la pistola.

Esta noche aceitaré una y te la daré cargada, Perucho. Por eso no te preocupes.

El vikingo le dio la llave del cuarto que también le servía de bodega. Perucho se pasó la mano por la calva y le agradeció la hospitalidad. El vikingo Abel palmeó su hombro izquierdo y le dijo que cuando quisiera hincar el diente gratis, aquí puedo ofrecerte ¡hembras-puro-filete! Gracias, repitió Perucho sonriéndole, y salió con el paquete bajo el brazo.

El atardecer de Valparaíso le parecía un jardín cubierto de refrescante sombra. Las bocinas se distendían como un trueno. Había un vagar de siluetas tambaleantes: empleados de comercio, vendedores de toda especie, peatones, evangélicos, traficantes, desocupados, obreros taciturnos, lustrabotas de la estación, jubilados que ocultaban el achaque de salud y se envalentonaban con la niña sureña que ponía una nota de alegría y que con sus escotes conseguía vender más tragos. Caminó a la estación de autobuses donde lo esperaba su mochila. La noche arrabalera resaltaba las casas sobre los cerros, colgadas en desorden como si una gran ola las hubiera arrojado allí. Las enaguas o sábanas no las podía distinguir muy bien; bailaban entre las cuerdas, inflándose y batiéndose como banderas en fiesta. Abajo, en el centro, las calles de luces rojas y parpadeantes que alumbraban las puertas de los burdeles sórdidos estaban repletas de una alegría morbosa.

Recorrió la estación con la vista antes de acercarse al casillero. Cuando se sintió seguro introdujo la llave y recuperó la mochila. Se la colgó de los hombros y regresó al cuarto obsequiado por el vikingo Abel. El techo de esa bodega casi tocaba su cabeza. Sólo esperaba que desde la pila de cajas cerveceras no apareciera un ratón. Alrededor de la colcha en el